

“Microcosmos”

A Eugenio Payo

Has preguntado quien eres
al enigma del destino;
y no sabes,
que eres polvo del camino
misterioso de los seres.

Eres gota en el regato
que ciegamente camina
con el rumbo ya marcado
por la voluntad divina.

Eres plumilla que el viento
arrastra en sus torbellinos
a ignorados horizontes
por misteriosos caminos.

Polvo, gota, pluma y ser;
átomos de la verdad
que ciega fuerza inconsciente
en inmutable corriente
arrastra a la eternidad.

Ya ves si es temeridad
el preguntar al destino
lo que eres;
si eres polvo, gota y pluma
en el camino
misterioso de los seres.

GREGORIO GALLEGO CEPEDA

LAS TABLAS DE MORALES EN ARROYO DE LA LUZ

A PROPOSITO DE SU RESTAURACION

LA prensa local dió hace tiempo la noticia de que se estaban restaurando las tablas del retablo mayor de la Iglesia de Arroyo de la Luz, debidas, como es sabido, al «divino» Morales. Ignoramos la técnica—en este caso terapéutica—que los dedicados a esta clase de menesteres emplean, si bien es lógico que esta ha de ser muy varia, acomodándose cada tratamiento a las particularidades de que participe la obra a restaurar. Lo que sí es seguro, aun para un profano, es que estas intervenciones en obras ajenas, a veces de importancia definitiva en la historia del arte, han de ser arriesgadas y en extremo sutiles, y, por ello, tanto ha de importar la categoría del restaurador como la moral profesional, las que, en todo caso, han de conjugarse, sin dar lugar al predominio visible de cualquiera de ellas.



Pentecostés, restaurado

Esta doble aplicación que de sus facultades ha de hacer todo restaurador a la obra que emprende, es, precisamente, la que nos permite sacar consecuencias valorativas de su labor restauratoria a los que ignoramos sus prácticas; máxime, cuando, como ahora, se está operando sobre la obra de un artista plástico de características tan extraordinariamente determinadas, que, *in mente*, han llegado a registrarse en los sentidos y en la sensibilidad de cualquier sencilla devota que jamás se le ha ocurrido pensar, en sus contemplaciones, llenas de fe y desinterés estético, que son siquiera pinturas.

En las tablas de Arroyo no se ha debido de tratar, solo o principalmente, de ir soldando esas soluciones de continuidad que tantas veces provocan, injuriosamente, ciertos odios o pasiones; lamentablemente, la ignorancia o la indiferencia, y, más frecuentemente, el tiempo y el ambiente físico, dando lugar, en todos los casos a horribles cicatrices o a dolorosos traumas, que vienen a marcar con los